

## **Aquí fue...**

Antes de tu llamada jamás había entrado al hospital. Solo veía los pastos de la fachada, de vez en cuando. Mis recuerdos se desdibujan con el paso del tiempo, pero sé que en el 2008, en ese laberinto de pasillos, escaleras y sectores, encontré un rincón único contigo. Llamaste tarde y sorprendentemente anunciabas tu hospitalización indefinida y de emergencia. La noticia me cayó como un rayo, trizando algo en mi interior, poniéndome triste. Porque en ese entonces, no era solo buscar razones de tu estadía allí, era también tratar de encontrar formas creativas para traerte de vuelta y poder mirar el futuro con amor, éramos tan jóvenes y tú parecías tan frágil para estar en ese tan aparentemente feroz lugar.

La primavera nos ayudó a vislumbrar ese horizonte, así como iban brotando los cerezos en flor, así como iban apareciendo otras frutas de estación, algo empezó a brotar entre nosotras.

Comencé a frecuentar el hospital como quien se cambia de casa y la hace suya. Iba a timbrar tus citas, te buscaba en el sector, en ese de allá del fondo, segundo piso, para ir a disfrutar del sol en el patio, caminábamos, leíamos, reíamos, en un ambiente donde solo veíamos caras solitarias.

Nos perdíamos a mirar el trabajo en la lavandería, a lanzar suposiciones sobre lo que hacía o no hacía el personal, a veces nos escabullimos a la capilla buscando silencio, otras tantas veces, visitamos la sala espejo, íbamos descalzas por el pasto, buscando acortar el tiempo, esperando el alta, pero el alta no llegaba nunca. Pasó el primer mes, el segundo y al tercero, un escueto permiso para estar en casa un fin de semana. Mientras avanzabas en tu proceso, nos fuimos enamorando, pero en ese entonces, yo era demasiado cobarde para asumirlo, irónicamente, tú demostraste más cordura, primero terminaste con tu novio, después vinieron declaraciones, visitas sin tiempo y despedidas eternas, dramáticas como si no existiese un mañana o un nosotras, y realmente fue así hasta el día en que por fin, me atreví a convertir ese sustantivo llamado amor' en el verbo besar.

Esa tarde fue una montaña rusa de emociones: ¿cómo lo haría?, ¿qué te diría?, ¿en qué lugar sería? No sabía nada, mi única certeza era que sucedería y tenía poco tiempo, ya que el horario de visitas terminaba a las 17:00 horas y yo recién terminaba una clase en el centro a eso de las 16:35. La urgencia de no seguir posponiéndolo me hizo llegar.

Pero todo parecía demorar, la micro desde La Vega, el registro en la entrada, correr hasta el sector ocho, no encontrarte, buscarte tenazmente y encontrarte ya cerca de las 17:00, cantando junto a tus amigos, refugiados en la sombra de ese árbol añoso del costado derecho. Te hice señas a lo lejos para que vinieras y te acercaras a presenciar mi improvisada pero segura escena de amor. Estaba demasiado nerviosa para hablar, desordenada por el ajetreo anterior y tú, sin entender mi propósito, solo intentabas calmarme.

Una no sabe, realmente, cuando comienza a conjugarse cada acción para formar un momento mágico, esos que pasan fugazmente, pero no se borran.

–Alcanzaste a venir –dijiste, notando mi nerviosismo.

–Respiré profundo: quiero decirte algo, formulé sería –pero en realidad, no quería decirte nada, solo besarte y acabar esa espera.

Caminamos hacia esa escalinata que te lleva a un patio interior, antes de ir hacia los sectores, a la vista de quienes pasaban por ahí, parecíamos invisibles a sus ojos, nadie se escandalizó, nadie nos vio en ese instante en que te distraías con los colores desteñidos de ese mural infantil, nadie notó que trastabillé en un desnivel y casi caí. Parecía un gesto tan simple, tomar tu cara y acercarme.

–¿Estás bien?, pareces intranquila –dijiste preocupada. Mientras mi impaciencia se acrecentaba, tú buscabas palabras acertadas y así poder entender mi comportamiento.

- Sí, sí, solo quiero... –y el momento ocurrió, tan cotidiano y natural como ir a verte. El instante preciso donde no hubo vuelta atrás. Un beso cargado de promesas, de incertidumbres, lleno de pudor, pero absolutamente calculado y certero.

Hasta hoy me hace sonreír, ¡cuánta juventud plasmada en ese instante!, todo brillaba, de repente me parecía estar en el jardín más lindo y colorido; sin obstáculos por delante, aunque lentamente volvíamos a la realidad, para caer en cuenta de lo sucedido. Silencio.

–¿Estás bien? –dije, pudiendo al fin encontrar las palabras para hablarte.

–Me sorprendiste, no lo esperaba, murmuraste sin aliento –ahora eras tú la aturdida.

–Me decidí hacer algo respecto a nosotras, pues ya no soportaba venir y no poder dar el paso, seguir enfrascada en la inercia de mis pensamientos, inmóvil en mis prejuicios o límites, anteponiendo el "qué dirán" por sobre lo que hemos estado sintiendo durante estos meses –insinué y reímos al fin.

Sí, fue un acto valiente. Mucho de lo que vino después tuvo que ver con ello, con valentía, aceptación y un esfuerzo cotidiano por tu mejora.

Por esta razón, hay un lugar sagrado para mí en el hospital, quiero creer que aún recuerdas donde está, que pasas por allí, te detienes y piensas en mí. Me gustaría marcarlo en un mapa, hacerle un altar con girasoles que pudieras ver desde tu ventana y escribir en el piso: “Aquí fue”.

Pues sé que hoy, ya no existe ese mural desteñido, tampoco las rosas de aquel jardín, quizás ni siquiera te den permiso para salir, pero aun así, yo podré rendirle honores –a través de este relato– a esas dos jóvenes que se atrevieron, rememorar esa pequeña victoria de amor sin miedo, ya que ese beso nos salvó, nos sostuvo frente a tu diagnóstico, cimentó con paciencia una razón.

Siempre reclamaré ese lugar como mío, una brújula intangible de nuestra historia.

Tanhya Herrera Aguilar

Primer lugar

Concurso Literario Letras Vivas, 2025